Publicación: LANGDON-DAVIES, John: **Detrás de las barricadas españolas Crónicas desde la guerra civil española**.-- Barcelona: Ediciones Península, 2009

"… obra de un intelectual extranjero que afronta los sucesos de 1936 con un considerable conocimiento del país y de su gente"[1]

El inglés John Langdon-Davies (1897-1971) fue uno de los muchos corresponsales extranjeros que estuvieron en España durante la Guerra Civil, encontrándose entre los más importantes como George Orwell, Ernest Hemingway, John Dos Passos, Henry Buckley, etc. , periodistas que comparten características generacionales y un estilo que mezcla el periodismo con las técnicas literarias de las novelas de ficción (en el reportaje novelado los hechos narrados han ocurrido y no son fruto de la imaginación).

El libro «*Detrás de las barricadas españolas*» fue publicado en noviembre de 1936 por la editorial Secker and Warburg, con gran éxito de crítica. Según el hispanista británico Paul Preston, sigue siendo una obra muy valiosa más de setenta años después desde su primera publicación.

John Langdon-Davies era un firme antifascista defensor de la causa republicana, que nos dejó un testimonio sobre el clima tanto social como político de España antes de la guerra y durante la sublevación militar.

De los ocho capítulos que integran el libro uno de ellos está dedicado a Toledo, en el cual hace algunas referencias a Orgaz, contenidas en las páginas que se reproducen a continuación[2].

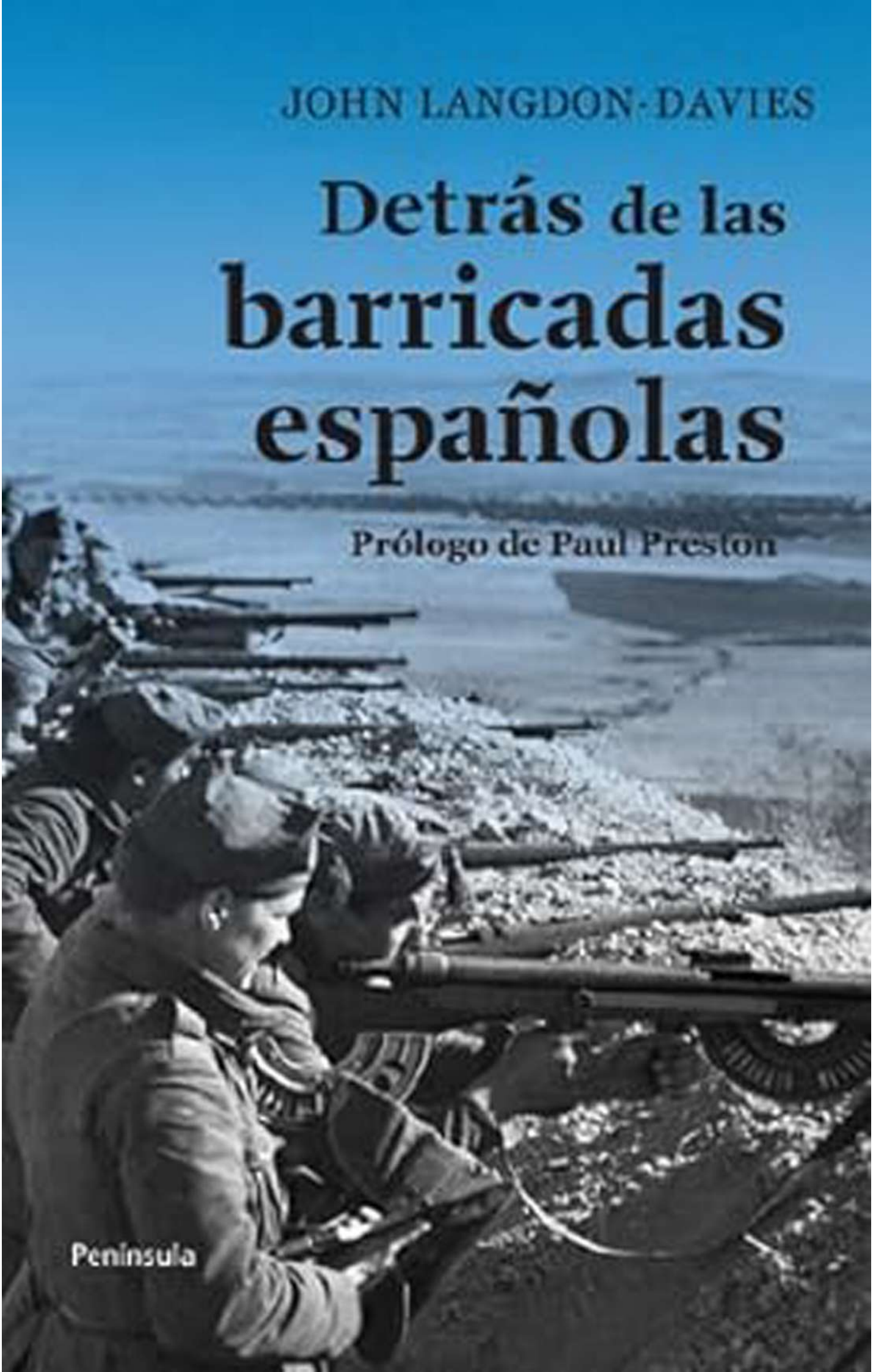
[1] BERGA, Miquel: **John Langdon-Davies (1897-1971). Una biografia anglo-catalana**.-- Barcelona: Editorial Pòrtic, 1991, p. 7.

[2] El diccionario de 1849 a que se refiere John Langdon-Davies en su texto al describir Orgaz es: MADOZ, Pascual: **Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar**. Tomo XII.- Madrid, 1849

JOHN LANGDON-DAVIES

Detrás de las barricadas españolas

Prólogo de Paul Preston



Península

ÍNDICE

Prefacio, de Nigel Chapman 9
Introducción 11
Nota del editor 23
Prólogo 25
Cronología 27

1. Un último desfile 33
2. Estalla la tormenta 83
3. El ejército con monos 109
4. Las Ramblas y el Paralelo 137
5. La quema de iglesias 181
6. Madrid 213
7. Toledo 233
8. Lo que significa para nosotros 271

Apéndice 289
Notas 293

7

TOLEDO

Para el marqués, Toledo era la talla de madera de San Francisco de Juan de Mena. Para muchos de nosotros es El Greco, y viajamos allí para contemplar aquellas manos que pintaba como frías llamas de pasión intelectual.

Si uno conduce a Toledo desde Ciudad Real y el sur, atraviesa una cordillera montañosa en la que se alzan los mismos molinos de viento que se alzaban cuando don Quijote pasó por allí. Después uno desciende hasta una llanura quemada en la que hay algunos pueblos dispersos como rocas en un mar desierto. Uno de ellos es el pueblo de Orgaz.

Es como otros cien pueblos castellanos: pobre, anodino, un lugar por el que resulta agradable pasar pero en el que no resulta tentador detenerse.

Es de clima frío, reina el viento noreste, algunas veces el sur, que es muy mal sano, y se padecen tercianas y fiebres tifoideas; tiene 406 casas por lo general de un solo piso y de poca comodidad, en 2 plazas y 27 calles casi todas empedradas de guijarro; un castillo al lado oeste que domina todo el llano en una circunferencia de 8 a 10 leguas, en buen estado de fortificación, [...] y donde se pueden alojar 200 hombres; escuela [...] a la que asisten 30 niños; otra de niñas [...] en la que se educan 20; iglesia parroquial [...] con 7 capillas y 13 altares, con las alhajas y ropas necesarias para el culto, que se celebra con bastante solemnidad; [...] dos cementerios; [...] la magnífica dehesa de Villaverde al noroeste con 7.000 fanegas de tierra; los caminos, vecinales y malos. [...] Un arroyo que llaman Riansares, seco casi todo el año, no obstante lo cual tiene junto a esta vega un hermoso puente de piedra sillería con 5 ojos, por encima del cual iba la

antigua calzada que llevaban los reyes a su palacio de Yébenes cuando iban a cazar [...] Perteneció al condado de Orgaz.

Ésa era la descripción de Orgaz en el diccionario geográfico de 1849, y así es hoy.

Sin embargo, debido a un cuadro que hay en una pequeña iglesia de Toledo, nadie puede pasar por Orgaz sin que se dispare su imaginación. Recuerdo que cuando vi el nombre en la entrada de un pueblo de adobe marrón esperé encontrar un aura, una atmósfera diferente a cualquier otra cosa en el mundo. Pero no vi nada más que los habituales tullidos, los habituales gatos exageradamente delgados, las habituales mujeres lavando la ropa. La magia sólo se podía percibir en el cuadro. Debí haberlo sabido.

El entierro del conde de Orgaz de El Greco es una de esas creaciones excepcionales que sugieren que el espíritu humano, insatisfecho con el universo al que está condenado, casi puede abrirse paso hacia otro. Pero lo que ha estado sucediendo a diario este caluroso verano en Toledo muestra lo parciales que deben ser esas «escapadas de la realidad».

No faltarán, por supuesto, quienes digan que la actual tragedia permanente de las calles hace que hablar de un cuadro sea una pérdida de tiempo. No lo creo, porque El Greco ha captado en su obra maestra algo que explica esta misma tragedia y permite que la entendamos mejor. Y mientras caminaba por la calles de Toledo, escuchando el incesante sonido de disparos de rifle que llegaba del Alcázar, me vinieron a la mente ciertas expresiones de los rostros de los personajes de El Greco y se entremezclaron con los rostros reales de los milicianos y los guardias de asalto. Hace más de tres siglos y medio que pintó su obra y entonces aún no se había inventado el fascismo, sin embargo era el historiador de este drama trágico de 1936.

Esto es los que los contemporáneos de El Greco dijeron de Toledo:

De calles enteras que había de freneros y armeros, vidrieros y otros oficios, no hay ya un solo artesano, de tal modo que no se hallará en la dicha ciudad un frenero que haga ni aderece un freno de caballo ni mula, ni un armero ni arcabucero, y sólo una miserable tienda de vidrios ha quedado en dicha ciudad. La propiedad de una casa, otrora la clase de propiedad más valiosa de la ciudad, es hoy la peor, porque no queda quien la viva ni la habite, y en lo más público y que era de más estimación, hay gran número de casas cerradas, y la que se cae no se levanta y holgarían de darlas sin alquiler a quien las quisiese vivir. Las monjas mueren de hambre en sus conventos.

Los señores de Toledo son los clérigos, que poseen casas magníficas y disfrutan triunfantes de todo lo mejor, sin que nadie ose criticarles. El arzobispo y la Iglesia de Toledo cuentan con más ingresos que todo el resto de la ciudad.

En el campo de los alrededores había menos granjas cada día que pasaba y el campesinado estaba en la ruina. Los grandes terratenientes se apropiaban de una hectárea tras otra y las abandonaban, transformándolas en pastos y eriales. En esas condiciones, el vicario de Santo Tomás, en Toledo, puso una demanda al pueblo de Orgaz por no pagar varios impuestos que el piadoso conde había legado a la iglesia doscientos cincuenta años antes, y cuando ganó el caso contrató a El Greco por dos mil ducados para que pintara el milagro de la muerte del conde, porque había sido un hombre tan superlativamente bueno y había complacido tanto a los poderes celestiales, que enviaron a san Esteban y san Agustín para representarles en el funeral.

Fue llevado su cuerpo a sepultar en la iglesia de Santo Tomé, fabricada por él; y estando en medio de ella puesto, acompañándole todos los nobles de la ciudad, y habiendo ya la clerecía dicho el oficio de difuntos, y queriendo llevar el cuerpo a la sepultura, vieron visible y patentemente descender de lo alto a los gloriosos santos san Esteban protomártir y san Agustín, con figura y traje que todos los conocieron; y llegando donde estaba el cuerpo, lleváronle a la sepul-

tura, donde en presencia de todos lo pusieron, diciendo: tal galardón recibe quien a Dios y a sus santos sirve; y luego desaparecieron, quedando la iglesia llena de fragancia y olor celestial.

El Greco pintó la escena pero, como tantos otros grandes artistas, no pintó a los nobles de la ciudad como eran en los tiempos del milagro, sino a los nobles de Toledo tal y como eran en su propia época, los mismo nobles que condenaron a un ingeniero italiano que propuso un buen plan para hacer que su río fuera navegable (sigue siendo innavegable en la actualidad) y después se reunieron en un solemne consejo municipal y juraron mantener y defender por todos los medios el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Y al pintarles a ellos, El Greco pintó toda la tragedia del misticismo español, de la huida de la realidad que hizo que unos pocos estuvieran luctuosamente contentos, pero dejó yermos los campos de España y moribundo a su campesinado, al no dedicar todo el talento y la energía a la búsqueda de soluciones para los problemas inexorables de este mundo, sino a la contemplación de los misterios de la tumba.

El horror ha continuado durante siglos; las ansias de fantasías religiosas han debilitado la fortaleza política; se ha tomado por los más altos representantes del espíritu humano a paranoicos santificados; sólo de vez en cuando un artista supremo como El Greco ha mostrado la demente tristeza de todo ello o, como Goya, la vulgaridad esencial de una aristocracia en decadencia. Mientras tanto, la gran masa invisible de campesinos y obreros trabajaban como esclavos para alimentar a los místicos glotones, que se iban volviendo menos atractivos a medida que pasaba el tiempo.

El conde de Orgaz, a pesar de toda su santidad, no era más que un terrateniente absentista al que los curas tenían en su poder gracias al miedo que éste le tenía a la tumba. Se le podría haber visto ayer en Madrid con un Rolls-Royce, ejerciendo por turnos de mecenas de las bellas artes y de los bajos fon-

dos. Hoy estaría encerrado con sus aliados en el Alcázar o habría tenido la precaución de escapar a la Riviera, o le habría sacado de su casa una noche oscura algún nihilista entusiasta y le habría matado a tiros para motivar a los demás.

Porque la mística melancolía plasmada por El Greco se desplazó gradualmente, de los murmullos de las viejas, las ratas de iglesia y el miedo al mundo de ultratumba, a la preocupación por los beneficios y los dividendos, y los señores de la ciudad de Toledo cambiaron la Inmaculada Concepción por los planes para salvar a la Cristiandad llevando de vuelta a los moros. Finalmente, en julio de 1936, Toledo se sumió en su última y mayor tragedia. Podemos buscar una explicación en Orgaz, y en mil pueblos como ése. A pesar de todos los cambios, ha permanecido igual, con una población hambrienta, ignorante y desconsolada, con su gran dehesa sin cultivar y desaprovechada, sin trabajo y por tanto sin comida, sin esperanza y sin ayuda alguna.

Entonces llegó el primer despertar, cuando empezó la reforma agraria con la República. En lugar de permitir a los terratenientes absentistas que ampliaran sus enormes, inútiles y estériles posesiones a lo largo de comarcas enteras, se les obligó a arrendarlas en parcelas a un precio razonable. Difícilmente podría pensar uno que eso era «radical».

Ni siquiera llegó a plantearse la expropiación, excepto en el caso de algunos pocos hombres claramente desleales al gobierno republicano legítimo. Se trataba simplemente de cuestionar un antiguo privilegio, el privilegio de matar la tierra. Pero como el cuestionamiento de un privilegio conduce a otras cosas, las fuerzas reaccionarias devolvieron el golpe. El gobierno de Gil Robles y Lerroux destruyó sin piedad lo poco que se había hecho; los campesinos de pueblos como Orgaz vieron cómo la Guardia Civil y matones armados pagados por los terratenientes irrumpían en sus parcelas y arrancaban los cultivos a medio crecer, algo que para ellos era el símbolo de una nueva esperanza. Los reaccionarios llegaron demasiado

lejos y las elecciones de febrero de 1936 fueron desfavorables una vez más a los terratenientes y sus aliados. Los campesinos se prepararon para tomar la tierra de nuevo, y esta vez estaban decididos a no perderla jamás.

Mientras yo estaba allí en mayo, los delegados de las «Sociedades de Trabajadores de la Tierra» fueron a Madrid desde los pueblos de Toledo. Eran simples campesinos que contaban historias sobre las condiciones en que vivían y las duras medidas adoptadas, sobre hombres sin tierras y tierras sin cultivar, sobre el establecimiento de granjas comunales, sobre dehesas parceladas y roturadas por vez primera en generaciones, sobre propiedades cuyos propietarios estaban tan lejos, que nadie sabía sus nombres, sobre pueblos en los que todo, hasta la cárcel, el pozo y los restos de los muertos en el cementerio, pertenecía a un hombre que estaba fuera. En todas partes la misma historia, campesinos dispuestos a pagar por la tierra, pero decididos a conseguirla a cualquier precio, terratenientes absentistas que ya no estaban llenos de la melancólica dignidad de la época de El Greco, sino echados a perder por las indignidades de la moderna ociosidad, igualmente decididos a que la tierra que se negaban a utilizar pudiera usarla cualquier otro.

Así, Toledo ha vuelto a la vida. Ahora contiene otras maravillas además de las de El Greco, además de la casa del mismo Greco, con una cocina que se asemeja a una obra maestra de la pintura clásica; además de la sinagoga, con su jardín, en el que el guardián elige para uno un ramo de flores; además de las innumerables casas rústicas encaladas con sus claveles suspendidos como mariposas rojas colgando de los balcones de hierro; además de las riquezas de la catedral, la plaza de Zocodover, el Alcázar, la Puerta de Alcántara y el «puente del puente»;* además del río Tajo.

* Juego de palabras con el «Puente de Alcántara». Alcántara proviene del árabe *al-qantara*, que significa 'el puente'. (N. de los T.)